

MIQUEAS

Miqueas fue levantado para apoyar a Isaías y confirmar sus predicciones, mientras invitaba al arrepentimiento, por los juicios amenazados y las prometidas misericordias. Un pasaje muy notable, capítulo v, contiene un resumen de profecías referidas al Mesías.

CAPÍTULO I

Versículos 1—7. *La ira de Dios contra Israel. 8—16. También contra Jerusalén y otras ciudades.— Sus vanas precauciones.*

Vv. 1—7. La tierra con todo lo que en ella hay es llamada a oír al profeta. El santo templo de Dios no protegerá a los falsos profesantes. Tampoco los hombres de alto rango, como las montañas, ni los hombres de baja condición, como los valles pueden asegurarse a sí mismos o a la tierra contra los juicios de Dios. Si se encuentra pecado en el pueblo de Dios, no los perdonará; y sus pecados son más provocadores para Él, porque merecen el mayor de los reproches. —Cuando sentimos el pinchazo del pecado nos corresponde indagar cuál es el pecado por el cual somos asaeteados. Las personas y los lugares más elevados son los más expuestos a las enfermedades espirituales. Los vicios de los líderes y reyes serán castigados segura y agudamente. —El castigo responde al pecado. Lo que dieron a los ídolos nunca prosperará ni les hará ningún bien. Lo que se logra por una lujuria se desperdicia en otra.

Vv. 9—16. El profeta lamenta que el caso de Israel sea desesperado; pero no lo declara en Gat. No deis complacencia a los que se alegran con los pecados o con las penas del Israel de Dios. Revuélcate en el polvo, como acostumbraban los de duelo; que cada casa de Jerusalén se haga casa de Afra, “una casa de polvo”. Cuando Dios hace polvo la casa, corresponde que nos humillemos hasta el polvo bajo su mano poderosa. —Muchos lugares deben compartir este duelo. Los nombres tienen significados que apuntaban a las miserias venideras para ellos; para despertar por ellas al pueblo a un santo temor por la ira divina. —Todos los refugios, excepto Cristo, deben ser refugios de mentira para los que confían en sí; otros herederos recibirán cada herencia, pero no el cielo, y toda la gloria será vergüenza, excepto la honra que sólo procede de Dios. Ahora pueden los pecadores despreciar los sufrimientos de sus vecinos, pero pronto les llegará el turno de ser castigados.

CAPÍTULO II

Versículos 1—5. *Los pecados y las desolaciones de Israel. 6—11. Sus malas costumbres. 12, 13. Una promesa de restauración.*

Vv. 1—5. ¡Ay del pueblo que maquina el mal durante la noche y se levanta temprano para ejecutarlo! Malo es hacer el mal por un impulso súbito, mucho peor es hacerlo con premeditación y alevosía. Gran momento es aprovechar y usar las horas de retiro y soledad en forma apropiada. Si la codicia reina en el corazón, desaparece la compasión; y cuando el corazón está así comprometido, corrientemente la violencia y el fraude ocupan las manos. —El más altivo y seguro de su prosperidad suele ser el que está más listo para desesperarse en la adversidad. ¡Ay de los que Dios abandona! —Las calamidades más dolorosas son las que nos sacan de la congregación del Señor o nos apartan del deleite de sus privilegios.

Vv. 6—11. Puesto que dicen, “no profeticéis”. Dios les cobrará la palabra y su pecado será su castigo. Que el médico no atienda más al paciente que no será sanado. Enemigos no sólo de Dios sino de su país, son los que silencian a los buenos ministros y detienen los medios de gracia. ¿Qué lazos retendrán a los que no tienen reverencia por la palabra de Dios? Los pecadores no pueden esperar el reposo en una tierra que han contaminado. No sólo serás obligado a irte de esta tierra, sino que ella te destruirá. Aplíquese esto a nuestro estado en este mundo presente. Hay corrupción en el mundo por la lujuria, y debemos mantenernos alejados de ella. No es nuestro reposo: fue designado para nuestro peregrinar, pero no como porción nuestra; nuestra posada, pero no nuestra casa; aquí no tenemos ciudad permanente; por tanto, levantémonos y partamos, busquemos la ciudad permanente de lo alto. —Puesto que quieren ser engañados, sean engañados. Los maestros que recomiendan la auto indulgencia por medio de su doctrina y ejemplo, son los que convienen a tales pecadores.

Vv. 12, 13. Estos versículos pueden referirse al cautiverio de Israel y Judá. Pero el pasaje también es una profecía de la conversión a Cristo de los judíos. El Señor no sólo los sacaría del cautiverio y los multiplicaría, sino que el Señor Jesús les abriría el camino hacia Dios, tomando la naturaleza de hombre, y por la obra de su Espíritu en sus corazones, rompiendo las cadenas de Satanás. De esta manera, Él ha ido adelante y la gente sigue, irrumpiendo con su poder por entre los enemigos que detendrían el camino de ellos al cielo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—8. *La crueldad de los príncipes, y la falsedad de los profetas.* 9—12. *Su falsa seguridad.*

Vv. 1—8. Los hombres no pueden esperar que les vaya bien si hacen el mal, pero encontrarán que se les hace lo que ellos hicieron a otros. ¡Cuán raro es que las verdades íntegras lleguen a los oídos de los que están en puestos elevados o en autoridad! Los que engañan al prójimo están preparando confusión para sus propios rostros. —El profeta tenía un amor ardiente por Dios y por las almas de los hombres; profundo interés por su gloria y su salvación, y celo contra el pecado. Las dificultades que halló no lo alejaron de su trabajo. Tenía poder, no de sí mismo, pero estaba lleno del poder por el Espíritu del Señor. Los que actúan honestamente pueden actuar directamente. Los que vienen a oír la palabra de Dios, deben estar dispuestos a que les hablen de sus faltas, deben tomarlo amablemente y estar agradecidos.

Vv. 9—12. Los muros de Sion no deben agradecimientos a los que los edificaron con sangre e iniquidad. El pecado del hombre no obra la justicia de Dios. Aun cuando los hombres hacen lo que en sí es bueno, pero lo hacen por sucio lucro, se vuelve abominación para Dios y para el hombre. — La fe reposa en el Señor como fundamento del alma: la presunción sólo se apoya en el Señor como muleta, y lo usa para que le sirva una vez. Si tener al Señor entre ellos no impide que los hombres hagan el mal, nunca puede asegurarles que no sufrirán el mal por así hacerlo. —Véase la condenación del malvado Jacob; en consecuencia Sion será arado como un campo por amor a ti.

Esto se cumplió exactamente en la destrucción de Jerusalén a manos de los romanos y es así hasta la fecha. Si los lugares sagrados son contaminados por el pecado, serán desolados y arruinados por los juicios de Dios.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—8. *La paz del reino de Cristo.* 9—13. *Los juicios venideros a Jerusalén sin embargo, el triunfo final es de Israel.*

Vv. 1—8. Las naciones aún no se han sometido al Príncipe de Paz como para fundir sus espadas en arados, ni ha cesado la guerra. Pero estas son promesas muy preciosas referidas a la iglesia del evangelio, las cuales se cumplirán crecientemente, porque fiel es Aquel que ha prometido. Habrá una iglesia gloriosa para Dios establecida en el mundo en los postreros tiempos, los días del Mesías. El mismo Cristo la edificará sobre una roca. —Los gentiles adoraban a sus dioses ídolos, pero en el período aludido, la gente se aferrará al Señor con pleno propósito de corazón y se deleitará en hacer su voluntad. —La palabra “cojea” describe aquí a los que no caminan conforme a la palabra divina. Reunir a los cautivos de Babilonia fue una primicia de sanar, purificar y prosperar a la Iglesia; y el reino de Cristo continuará hasta que sea sucedido por el eterno reino del cielo. Estimulémonos unos a otros a asistir a las ordenanzas de Dios para que aprendamos sus santos caminos, que al estar escritos en nuestros corazones por su Espíritu pueda mostrar nuestro interés en la justicia del Redentor.

Vv. 9—13. Muchas naciones se reunirán contra Sion para regocijarse en sus calamidades. No entenderá que el Señor las ha juntado como manojos que se reúnen para ser trillados; y que Sion será fortalecida para despedazarlos. Nada ha sucedido aún en la historia de la iglesia judía que concuerde con esta predicción. Cuando Dios tiene una obra de victoria para su pueblo, les dará la fuerza y la habilidad para eso. Los creyentes deben clamar en voz alta con la oración de fe en angustias, pero no con desesperación.

CAPÍTULO V

Versículos 1—6. *El nacimiento de Cristo y la conversión de los gentiles.* 7—15. *Los triunfos de Israel.*

Vv. 1—6. Habiendo mostrado cuánto se rebajaría a la casa de David, se agrega una predicción del Mesías y su reino para exhortar a la fe del pueblo de Dios. Se comentan su existencia desde la eternidad como Dios y su oficio como Mediador. Aquí se predice que Belén será su lugar de nacimiento. De ahí que fuera universalmente conocido entre los judíos, Mateo ii, 5. —El gobierno de Cristo será muy feliz para sus súbditos; ellos estarán seguros y tranquilos. Bajo la sombra de la protección contra los asirios está la promesa de la protección para la Iglesia del evangelio y todos los creyentes, contra los designios e intentos de las potestades de las tinieblas. Cristo es nuestra Paz como Sacerdote, que expía el pecado y nos reconcilia con Dios; y es nuestra Paz como Rey que vence a nuestros enemigos: de ahí que nuestras almas puedan habitar tranquilas en Él. —Cristo encontrará instrumentos para proteger y librar. Los que amenazan con destruir la Iglesia de Dios, pronto se acarrearán ruina a sí mismos. Esto puede incluir los pasados efectos poderosos del evangelio predicado, su futura difusión y la destrucción de todas las potestades anticristianas. —Esta es, quizá, la profecía específica más importante del Antiguo Testamento: se refiere al carácter

personal del Mesías y la revelación de sí mismo al mundo. Distingue entre el nacimiento humano y su existencia desde la eternidad; predice el rechazo de los israelitas y los judíos por una temporada, su restauración final y la paz universal que prevalecerá en toda la tierra durante los últimos días. Mientras tanto, confiemos en el cuidado y poder de nuestro Pastor. Si permite el ataque de nuestros enemigos, Él nos suplirá ayudantes y asistencia para nosotros.

Vv. 7—15. El remanente de Israel, convertido a Cristo en tiempos primitivos, estaba entre muchas naciones como gotas de rocío y fueron hechos instrumentos para convocar a un gran aumento de los adoradores espirituales. Pero a los que despreciaron o se opusieron a esta salvación, como leones les iba a causar terror, condenándolos su doctrina. —El Señor declara también que hará no sólo la reforma de los judíos, sino la purificación de la iglesia cristiana. De manera semejante, se nos asegura la victoria en nuestros conflictos personales al depender simplemente del Señor nuestra salvación, adorarlo y servirle con diligencia.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—5. *La controversia de Dios con Israel.* 6—8. *Los deberes que requiere Dios.* 9—16. *La iniquidad de Israel.*

Vv. 1—5. Se convoca al pueblo para que declare por qué está cansado de adorar a Dios y son proclives a la idolatría. El pecado causa la controversia entre Dios y el hombre. Dios razona con nosotros, nos enseña a razonar con nosotros mismos. Que ellos se acuerden de los muchos favores de Dios para con ellos y sus padres, y los comparen con su conducta indigna e ingrata hacia Él.

Vv. 6—8. Estos versículos parecen contener la sustancia de la consulta de Balac con Balaam sobre cómo obtener el favor del Dios de Israel. La convicción profunda de la culpa y la ira pondrá a los hombres a buscar cuidadosamente la paz y el perdón, y entonces, empieza a haber ahí una base para su esperanza. Para que Dios se agrade de nosotros, debemos mostrar interés en la expiación de Cristo y que sea quitado el pecado por el cual le desagradamos. ¿Cómo dar satisfacción a la justicia de Dios? ¿En qué nombre debemos venir, ya que no tenemos nada que alegar a nuestro favor? ¿Con qué justicia compareceremos ante él? Las propuestas revelan la ignorancia, aunque muestran celo. —Ofrecen eso que es muy rico y caro. Los que están plenamente convencidos de pecado y de su miseria y peligro por causa del pecado, darían todo el mundo, si lo tuvieran, por la paz y el perdón. Sin embargo, no ofrendan bien. Los sacrificios tenían valor por su referencia a Cristo; era imposible que la sangre de los toros y los machos cabríos quitara el pecado. Todas las propuestas de paz, excepto las que concuerdan con el evangelio, son absurdas. No pueden satisfacer las exigencias de la justicia divina, ni el mal hecho a la honra de Dios por el pecado, ni servirán en lugar de la santidad del corazón y la reforma de la vida. Los hombres dejarán cualquier cosa antes que sus pecados; pero nada dejan para ser aceptados por Dios, a menos que lo hagan con sus pecados. — Los deberes morales se han ordenado porque son buenos para el hombre. Gran recompensa hay *en* obedecer los mandamientos de Dios y *después* de obedecerlos. Dios no sólo lo ha dado a conocer, sino lo ha hecho claro. —El bien que Dios requiere de nosotros no es pagar un precio por el perdón de pecado y la aceptación de Dios, sino amarlo a Él; ¿qué hay de ilógico o difícil en esto? Todo pensamiento nuestro debe ser derribado, llevado a la obediencia de Dios si queremos andar cómodos con Él. Debemos hacer esto como pecadores penitentes dependientes del Redentor y de su expiación. Bendito sea el Señor que siempre está listo para dar su gracia al penitente humilde que espera.

Vv. 9—16. Habiendo mostrado cuán necesario era que ellos hicieran lo justo, Dios muestra aquí cuán claro era que lo habían hecho con injusticia. Esta voz del Señor dice a todos: Oye la vara cuando llega, antes que la veas y la sientas. Oye la vara cuando ha llegado, y tú eres sensible al

escozor; oye lo que aconseja, la cautela que habla. La voz de Dios debe ser escuchada en la vara de Dios. —Los que son deshonestos en sus tratos nunca serán reconocidos como puros, no importa cuales sean las muestras de devoción que hicieren. Lo que se obtiene por fraude y opresión, no puede mantenerse ni disfrutarse con satisfacción. Lo que más apretado retenemos, corrientemente es lo que más pronto perdemos. El pecado es una raíz de amargura, plantada pronto, pero no desarraigada con prontitud. Ser el pueblo de Dios de nombre y profesión, mientras se mantuvieron en su amor, fue un honor para ellos, pero ahora, estando descarriados, se vuelve su reproche haber sido una vez el pueblo de Dios.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—7. *El dominio generalizado de la maldad.* 8—13. *Confianza en Dios y triunfo sobre los enemigos.* 14—20. *Promesas y exhortaciones para Israel.*

Vv. 1—7. El profeta se queja de vivir en un pueblo que se madura veloz hacia su ruina, en la cual sufrirán muchas personas buenas. Los hombres no tenían consuelo, ni satisfacción en sus propias familias ni en sus parientes más cercanos. El desprecio y la violación de los deberes domésticos son un síntoma triste de la corrupción universal. Los que no cumplen sus deberes con sus padres probablemente nunca lleguen a nada bueno. —El profeta no vio seguridad ni consuelo, sino en mirar a Jehová y esperar en Dios su salvación. Cuando estamos sometidos a pruebas debemos mirar continuamente a nuestro Redentor divino para tener fuerza y gracia para confiar en Él y ser ejemplo para los que nos rodean.

Vv. 8—13. Los penitentes verdaderos por el pecado, verán mucha razón para ser pacientes en la aflicción. Cuando nos quejamos al Señor de lo malo que son los tiempos, debemos quejarnos contra nosotros mismos por lo malo de nuestros corazones. Debemos depender de Dios para que obre liberación para nosotros en el momento debido. No debemos tan sólo mirar a Él sino *buscarlo* a Él. En la mayor de nuestras angustias no veremos razón para perder la esperanza de la salvación si miramos al Señor por fe como Dios de nuestra salvación. —Aunque los enemigos triunfen e insulten, serán silenciados y avergonzados. Aunque haga mucho que los muros de Sion estén en ruinas, llegará el día en que serán reparados. Israel acudirá de lejanas partes, sin volverse por el desaliento. Aunque parezca que nuestros enemigos nos derrotan, y se regocijan sobre nosotros, no debemos desesperarnos. Aunque derribados, no estamos destruidos; podemos poner la esperanza en la misericordia de Dios, sumisos a su corrección. Ningún estorbo puede evitar los favores que el Señor tiene para su Iglesia.

Vv. 14—20. Cuando está por librar a su pueblo, Dios despierta a sus amigos para que oren por ellos. Aplíquese espiritualmente la oración del profeta a Cristo, que cuida de su Iglesia como el Gran Pastor de las ovejas, y va delante de ellas, mientras están en este mundo como en un bosque, en este mundo, pero no de este mundo. —Como respuesta a esta oración, Dios promete que hará por ellos, lo que será repetir los milagros de épocas anteriores. Como el pecado de ellos los llevó a la esclavitud, así el perdón de su pecado de parte de Dios los sacó de ella. Todos los que hallan la misericordia que perdona, no pueden sino maravillarse por su misericordia; tenemos razón para estar asombrados si sabemos qué es esto. —Cuando quita la culpa del pecado, para que no pueda condenarnos, el Señor rompe el poder del pecado para que no tenga dominio de nosotros. Si somos dejados solos, nuestros pecados serán demasiado duros para nosotros, pero la gracia de Dios será suficiente para someterlos de modo que no nos gobiernen, y entonces no nos destruirán. Cuando Dios perdona el pecado, se cuida de que nunca sean recordados contra el pecador. Él arroja sus pecados al mar; no cerca de la playa donde pueden reaparecer, sino en lo profundo del mar, para que nunca salgan a flote otra vez. Todos sus pecados serán arrojados allí, porque cuando perdona el pecado, Dios lo olvida por completo. Él perfeccionará lo que nos concierne y con esta buena obra

hará por nosotros todo lo que nuestro caso requiera y que Él ha prometido. —Estos compromisos se relacionan con Cristo y el éxito del evangelio en los últimos tiempos, la futura restauración de Israel, y el dominio final de la verdadera religión en toda la tierra. El Señor cumplirá su verdad y misericordia, ni una tilde ni una coma suyas caerán al suelo; fiel es el que ha prometido, que también lo hará. Recordemos que el Señor ha dado la seguridad de su pacto para poderoso consuelo de todos los que huyen a refugiarse, para que se aferren a la esperanza puesta delante de ellos en Cristo Jesús.

Henry, Matthew